

La presentación de sí¹

Ethos e identidad verbal

Ruth Amossy

CAPÍTULO 4

IMÁGENES DE SÍ, IMÁGENES DEL OTRO²

“YO” – “TÚ”

Los sociólogos que se ocupan del tema referido a la presentación de sí no plantean la cuestión de la subjetividad en el discurso: el individuo entra en escena con un determinado modo de vestirse o de comportarse, haciendo ciertos gestos y mímicas. Sin embargo, hay que considerar que en el intercambio verbal la construcción de una imagen de sí no puede ser pensada separadamente de su anclaje en un “yo” que toma la palabra para dirigirse a un “tú”. Émile Benveniste quien definía el discurso como “toda enunciación en la que se da por supuesto un locutor que se dirige a un auditor con la intención de influenciarlo de alguna manera” (1974 : 241-2), elaboró la noción de “*cuadro figurativo*” para explicar que la enunciación “pone dos “figuras” igualmente necesarias, una es fuente y la otra, fin de la enunciación” (ibid : 82). La utilización de la lengua por un sujeto hablante implica entonces y ante todo la puesta en marcha de un dispositivo de enunciación. Por lo expuesto, el análisis de las prácticas de presentación de sí en el ámbito del discurso debe comenzar necesariamente por el examen de las personas gramaticales. Dicho examen, lejos de relevar

¹ AMOSSY, Ruth 2010 *La présentation de soi. Ethos et identité verbale*. Chapitre 4: Images de soi, images de l'autre. “Je” – “Tu”, Paris, Presses Universitaires de France, Collection L'interrogation philosophique.

² Traducción realizada por María Mercedes López para uso exclusivo de los alumnos del Seminario Introducción al análisis del discurso/2011, de la Maestría en Análisis del Discurso, FFyL, UBA.

una descripción puramente formal de las personas, revelará cuestiones de fondo sobre la naturaleza y funciones del ethos.

En efecto, en el intercambio verbal la presentación de sí está necesariamente anclada en la presencia de un locutor que hay que reconstruir a partir de las marcas que deja en el discurso. Mas para comprender cómo el locutor construye su ethos es necesario considerar dos cuestiones de mayor envergadura. La primera concierne al “yo”: hay que ver de qué modo el uso de la primera persona del singular autoriza simultáneamente la emergencia de la subjetividad y la emergencia de una imagen de sí que es también una construcción identitaria. La segunda concierne a la pareja “yo” / “tú”: el locutor sólo en su relación con el otro, puede advenir y perfilarse como sujeto porque toda presentación de sí está modelada por la doxa, las expectativas y las reacciones del auditorio y se manifiesta como una negociación de la identidad de cuyo éxito depende, en gran parte, su funcionalidad y su fuerza de persuasión. Se ha llegado al punto desde el que se vislumbran ciertos problemas que están en el corazón mismo del tema: la cuestión de la subjetividad y de la identidad, la cuestión de la capacidad de decir y de decirse para actuar, la cuestión de la relación recíproca que une indisolublemente el “yo” al “tú”.

DECIR Y DECIRSE

LA CUESTIÓN DEL “SUJETO” Y DEL “AGENTE”

Desde el punto de vista verbal, la presentación de sí implica, ante todo un “yo” definido como sujeto de la enunciación. Es sabido que el acto de producir un enunciado remite necesariamente a un locutor que pone en movimiento la lengua. Este acto de utilización es correlativo a la producción de una imagen de sí: desde el mismo momento que el “yo” emerge y se da existencia como sujeto en el discurso, se dice y se muestra de una cierta manera. Si bien los trabajos de Émile Benveniste son conocidos por todos, por lo tanto no es necesario detenerse en ellos, no es inútil recordar los puntos que hoy permiten pensar la imagen de sí en sus dimensiones discursivas.

El primer punto se relaciona con una concepción de la subjetividad y de la identidad según la cual se construyen en la lengua, no previamente. Es sabido que Benveniste se aferra al pronombre “yo” para subrayar que no puede definirse en términos de objeto, que

solo puede ser definido en términos de locución. Hay tantos “yo” como locutores designados por ese pronombre: “Yo” significa la persona que enuncia la presente instancia de discurso que contiene yo” (1966:261) y “es en la instancia de discurso donde el yo designa al locutor que se enuncia como “sujeto.” Es verdadero entonces que el fundamento de la subjetividad está en el ejercicio de la lengua [...] no hay otro testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que da él mismo sobre él mismo”. (ibid – 262) Hay que agregar a esto que, como ya se dijo, “yo” implica automáticamente “tú”: es en esta relación constitutiva de donde emerge una subjetividad que designa también una identidad.

Téngase en cuenta que en la cita de Benveniste no sólo se entiende por *identidad* la posibilidad de singularizar un individuo, de *identificarlo* sino también la emergencia de la conciencia que el individuo toma de sí mismo a través del discurso, en la que implica la pareja “yo” – “tú”. Es necesario ampliar la noción de identidad discursiva. Al decir “yo” el locutor construye en su enunciación una imagen de sí, al mismo tiempo que se constituye en sujeto. A través de esta imagen se identifica, se muestra de una cierta manera que permite situarlo socialmente y diferenciarlo como individuo, en virtud de sus características particulares. Recuérdese que cualesquiera que sean los datos preexistentes que posea el interlocutor sobre el sujeto hablante, el ejercicio de la lengua los retoma, los reinterpreta y los arrastra al dinamismo del intercambio en el que el “quién soy yo para mí” con el “quién soy yo para ti” y el “quién quiero ser para ti”, son renegociados.

Hay que considerar que con el “quién soy yo para ti” y el “quién quiero ser para ti” se introducen elementos que superan el poder del locutor. Como lo han mostrado los trabajos del sociólogo Pierre Bourdieu ³ examinados en el capítulo anterior y los trabajos de Michel Pêcheux (1969) o de François Flahaut (1978) en ciencias del lenguaje, el “yo” está condicionado por la relación entre los lugares inscriptos en la lengua y por las relaciones de poder sobreentendidas en todo intercambio simbólico. Las imágenes que proyecta el “yo” de sí mismo no depende únicamente de una deliberada planificación: se nutren de las interpretaciones sociales por medio de las cuales es posible que cada uno de nosotros se

³ Cfr. Capítulo II

piense⁴. En términos de Bakhtin, la imagen de sí que construye el “yo” es dialógica por definición – está atravesada por la palabra del otro.

La reflexión encendida por Benveniste se ha abierto a otros campos que, además de la sociología y de las ciencias del lenguaje, incluye tanto el psicoanálisis como la filosofía de Foucault o de Derrida. Se trata de la conocida problematización de la noción de sujeto que nos concierne en la medida en que ella debilita el ethos de la tradición retórica fundamentada en la intencionalidad, la voluntad y la acción. Así como Bourdieu sustituye la legitimidad institucional por la credibilidad construida en el discurso, la reconceptualización del “sujeto” sustituye la concepción del sujeto entendido como instancia condicionada por fuerzas que lo superan por la de agente retórico capaz de intervenir libremente en el espacio social. Este cambio ha sido bien resumido por Marshall W. Alcorn, Jr., en una obra dedicada al ethos donde afirma que el “yo” no es un rol libremente asumido.

Los “yo” no son agentes creadores que actúan desde el núcleo del proceso retórico, son más bien efecto de la retórica, una especie de epifenómenos constituidos por el juego de fuerzas sociales, políticas y lingüísticas. No hay una entidad interna del yo que elige su carácter. El yo refleja más bien el carácter particular de fuerzas sociales más vastas que determinan su naturaleza y su dinámica. (Alcorn in Baulim 1994 :5) (La traducción del inglés al francés es de Ruth Amossy)

Al igual que la redefinición del poder de la palabra (Bourdieu), la redefinición del sentido tradicional del ethos retórico tiene sus consecuencias: problematiza la posibilidad de ver en el discurso una voluntad de decir que es también una voluntad de hacer. Esta redefinición impide ver en la figura del locutor un agente capaz de intervenir de manera deliberada y responsable en los asuntos humanos. En efecto, ¿cómo es posible que el “yo” sea considerado un producto del lenguaje que lo estructura, modelado por las fuerzas sociales – y, no obstante, sea capaz de construir una imagen de sí que actúa sobre el otro y sobre el mundo real, poniéndose como un agente responsable de sus elecciones?⁵ Privado de su

⁴ Para una reflexión a fondo sobre la relación entre la identidad y las representaciones sociales en psicología social, consultar Deschamps y Molinier (2008)

⁵ Desde la misma óptica, Dessons (2006: 139) quien explora la cuestión de la subjetividad en su relación problemática con la voluntad y la intención, señala “la colisión entre la teoría de la enunciación surgida de los trabajos de Benveniste y una teoría de la enunciación surgida del pragmatismo” tensión que no está ausente en los propios trabajos de Benveniste.

capacidad de actuar, preestablecido su designio, el ethos retórico se ve desposeído de su virtud principal.

Esta incompatibilidad entre una noción moderna (llamada a veces posmoderna) de sujeto y una noción de ethos como instrumento de persuasión y de acción sobre el mundo, es sólo aparente. Desaparece cuando se tiene en cuenta que las determinaciones socio-discursivas y la capacidad de actuar no se sitúan en el mismo plano. Por un lado, hoy es necesario reconocer que el sujeto hablante no es dueño de las significaciones, está necesariamente condicionado por los códigos de la lengua, por el discurso ambiente y por las controversias ideológicas, institucionales y culturales. Por otro lado, el hecho de que el sujeto sea hablado por los códigos de la lengua (*langagiers*) y modelado por el discurso social no significa que no participe plenamente en la dinámica del intercambio. En su interior, es una instancia activa. Lo es en dos sentidos: cumple un acto de habla (*acte de parole*) y ejerce su voluntad aunque esté condicionada y atravesada por la *doxa* de la época. En el nivel de la interacción en la que está comprometido, el locutor proyecta un ethos que le permite entrar en relación con el otro y hacer que sus puntos de vista sean compartidos. Que esta imagen sea tributaria de representaciones colectivas y de valores comunes, no impide que sea “contable” en el sentido de la palabra inglesa *accountable* – se supone que debe y puede rendir cuentas y por lo tanto es responsable. Se presenta entonces como un agente que para nada está exento de responsabilidad.

El ejemplo que comprueba este doble estatus del “yo” que es a la vez agente y actuado es el del lenguaje extremadamente codificado. Tomemos un simple ejemplo de la vida cotidiana. El enamorado que expresa sus sentimientos en frases hechas puede ser sincero pero no por ello es menos “hablado” por un lenguaje prefabricado a través del cual proyecta una imagen convencional de pretendiente. Sin embargo se trata de un sujeto activo que a través de este autorretrato obligado y muchas veces rebuscado realiza una importante declaración. Su ethos de enamorado es totalmente apto para producir el efecto deseado, aunque la dama no se deje encantar por la imagen-modelo proyectada con esa intención. El locutor construye así una identidad en su discurso, sumergiéndose en la palabra común y en el mismo movimiento, se pone como agente que actúa y persigue un objetivo preciso.

Lo mismo sucede en otros terrenos. El hombre o la mujer dedicados a la política son prisioneros de una red de determinaciones sociodiscursivas que constriñen fuertemente su

palabra, como muchas veces ocurre con su posición en el mismo terreno político. En un meeting electoral él o ella proyectan una imagen de su persona que está condicionada por los códigos del partido y por los imperativos de posicionamiento (en particular la rivalidad con los otros candidatos). Esta presentación de sí se realiza en un lenguaje político con expresiones y frases hechas que lo convierten en una “lengua de madera”. ¿Y qué decir del hecho de que esta representación es, por lo general, escrita por otro, una “pluma” al servicio del candidato o por una sarta de asesores en comunicación, atentos a las expectativas del auditorio? Sin embargo, nadie pensaría que el locutor carece de capacidad para efectuar una presentación de sí que lo comprometa y que sea apta para influir sobre el proceso electoral en curso y, al mismo tiempo, nadie podría pensar que es posible eximirlo de la plena responsabilidad de sus dichos. Desde esta perspectiva, el ethos es sumamente contradictorio y plenamente compatible con la noción de “agentividad” (agentivité) y de responsabilidad en el sentido moral de asumir y aceptar las consecuencias y en el sentido práctico de rendir cuentas.

LA INSCRIPCION DE LA SUBJETIVIDAD EN EL DISCURSO Y LA CONSTRUCCION DE UNA IMAGEN DE SÍ

Cualesquiera que sean las determinaciones y sus márgenes de libertad, de la imagen de sí se desprenden, ante todo, las huellas que el locutor, deliberadamente o no, deja en su discurso. Es en la materialidad del lenguaje donde se establece la articulación entre la inscripción de la subjetividad y la construcción del ethos. En otros términos, las marcas concretas de la subjetividad dibujan la imagen de aquel que dice “yo”. Llegados a este punto, una vez más es la lingüística de la enunciación desarrollada a partir de Benveniste la que permite examinar la presentación de sí en el discurso. En efecto, ni la retórica clásica ni la nueva retórica de Perelman se han preocupado por la manera en que el ethos se inscribe *de facto* en el discurso. Es desde esta óptica que hay que retornar a las “personas gramaticales”, en primer lugar al “yo”, a las formas pronominales que se relacionan con él y a las marcas discursivas de la subjetividad o “*procedimientos lingüísticos (shifters, modalizadores, términos evaluativos, etc.) por medio de los cuales el locutor imprime su marca en el enunciado*” (Kerbrat-Orechioni 1980: 32). Se trata de “subjetivemas” o

sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios que llevan la marca de la subjetividad del “yo”. Pueden ser “afectivos” (expresan una reacción de la emoción), “evaluativos” (reflejan una competencia cultural) o “axiológicos” (ostentan un juicio de valor). Todas estas marcas discursivas contribuyen a la construcción de un ethos en la medida en que proyectan necesariamente en el discurso una imagen de la personalidad, de las competencias y del sistema de valores del locutor.

Consideremos un ejemplo literario. Cuando el narrador de *El último día de un condenado a muerte* (1829) de Víctor Hugo escribe: “El automóvil negro me transportó aquí, a este horrendo Bicêtre” inscribe su subjetividad en el texto al mismo tiempo que proyecta una imagen de sí destinada a influenciar la opinión del lector sobre la pena de muerte. El pronombre “me” indica la pasividad del sujeto sometido, a pesar de él, al poder del “automóvil” (que es el sujeto gramatical del verbo de acción). La reificación sin embargo está contrabalanceada por el empleo de los deícticos “aquí” y “este” que introducen la indicación espacial del “yo”: el “yo” no es solo el sujeto que da origen al decir es también aquel en torno del cual se organiza el cuadro. Inmediata y esencialmente, su subjetividad se inscribe en el discurso por la vía del axiológico “horrendo” que expresa con fuerza su valoración de la prisión. Más que designar la extrema fealdad de los lugares, el término revela la capacidad del condenado a muerte para percibir todo el horror de la siniestra prisión donde está encerrado con los criminales y los locos. “Horrendo” también tiene el sentido abstracto de “innoble” y por lo tanto moralmente repudiable. Este sentido arrastra el del calificativo “negro” desde la simple notación descriptiva referida al vehículo hacia connotaciones de mal y de muerte. Desde esta óptica, la elección del axiológico “horrendo”, reforzado por “negro”, no solo refleja la competencia cultural del locutor sino que permite al criminal invertir la situación. Al expresar claramente un punto de vista personal sobre su lugar de detención, se coloca implícitamente como fuente de juicios de valor y se da a sí mismo el derecho a condenar el aparato institucional que lo destruye. Por otra parte, lo axiológico está aquí ligado a lo afectivo. Permite adivinar los sentimientos suscitados en el escritor, el horror que se apodera del prisionero en ese lugar de espanto y de abyección. Es así como pone de manifiesto su condición de ser sensible, su capacidad de ser afectado por el siniestro decorado.

Es evidente que la inscripción de la subjetividad se manifiesta en el texto como la construcción de una imagen de sí que permite al locutor presentarse más bien como una víctima triturada por la máquina penitenciaria que defenderse por la credibilidad que se adjudica o por la compasión que trata de suscitar. El condenado a muerte de Víctor Hugo se convierte en un sujeto de pleno derecho, en el lenguaje dado que es el lenguaje lo que le permite constituirse en conciencia singular, ante sí mismo y ante los ojos de los demás. Que la subjetividad emerja de un relato testimonial que posee reglas y restricciones genéricas propias, no impide que el “yo” oriente su discurso hacia fines persuasivos y que reivindique con fuerza la libertad de impugnar un sistema que lo envía al cadalso.

“BORRADURA” DE LA SUBJETIVIDAD Y ETHOS EN EL DISCURSO EN PRIMERA PERSONA

Desde esta perspectiva, no hay que creer que la ausencia de marcas de la subjetividad y que la tentativa de minimizar la presencia del “yo” bloquea la construcción del ethos. También la búsqueda de neutralidad contribuye a proyectar una imagen de sí. Baste con recordar el escándalo provocado por el estilo sin relieve y despojado de toda emotividad de Meursault cuando, en *El extranjero*, evoca la muerte de su madre. La “desinscripción de la subjetividad” en el discurso no deja de llamar la atención e invita a preguntarse por la figura del locutor que se libra a tal “borradura” (éffacement). También llama la atención e invita a preguntarse por qué la “borradura” enunciativa, paradójicamente utilizada en el discurso en “yo” (discours en “je”), sea un constituyente importante del ethos.

Es necesario distinguir los géneros [discursivos] en los que la discreción del “yo” se atiene a las reglas del intercambio de aquellos en los que la discreción parece inusitada. Hay situaciones en las que el locutor, al asumir la palabra en un discurso encadenado debe reducir al máximo las marcas de su presencia efectiva. Es el caso de ciertas interacciones profesionales, como aquella del mozo con sus clientes: “¿Qué le sirvo?” seguido de “Dos cervezas tiradas. Enseguida se las traigo”. Desde el punto de vista pragmático, se trata de un propósito neutro pero no por ello el locutor deja de proyectar una imagen de sí. Se presenta como un mozo eficaz que se atiene estrictamente a su rol (piense en la célebre descripción de un mozo de Jean Paul Sartre retomada por Goffman).

La situación cambia en situaciones donde el “borradura” de la subjetividad no es lo usual. Por ejemplo, en el diario íntimo donde se supone que el autor dice con libertad lo que siente este “borramiento” adquiere una significación muy particular. Tal es el caso de las libretas inéditas (de publicación póstuma) del historiador Marc Bloch que son, a la vez, libretas de guerra donde el combatiente consigna sucintamente los hechos de la campaña del 14 al 18 y escritos personales donde el “yo” solo escribe para sí y se habla con toda libertad:

Permanecemos en Somme-Yèvre durante la mayor parte del día siguiente. Leí una novela negra que había encontrado en un rincón que se llamaba Los misterios de la inquisición. Las tropas atravesaban la ciudad como si fueran un río que corre incesantemente. Un coronel de coraceros pidió un pedazo de pan a uno de nuestros hombres. Alrededor de las cuatro, nuestro regimiento partió. Había cadáveres alemanes al borde de la ruta (1997:128).

El texto enuncia una serie de acciones en pretérito perfecto simple (permanecer, leer, partir) presentadas sin marca de evaluación, sin marca de valoración y sin marca de sentimiento. Esta relación seca y puramente factual se une a una serie de descripciones sucintas, en imperfecto, también despojadas de toda marca subjetiva. El acento está puesto en la indicación precisa sobre el lugar, el tiempo, los hechos y los detalles. La sintaxis paratáctica – una simple yuxtaposición de enunciados sin ningún conector – bloquea la interpretación del locutor. El texto quiere mostrarse lo más transparente y neutro posible. Esto no significa que no proyecte un ethos. El “yo” se muestra como miembro de un regimiento con el que comparte la suerte y cuyo mandato obedece. Se presenta como alguien que tiene necesidad de leer – la única acción individual es “yo leí”- aunque se trate de la lectura de una novela de género popular, encontrada por azar. La mención de la actividad de lectura sumada al estilo y, en particular, al uso del pretérito perfecto simple⁶ ponen el “yo” singular de un intelectual. En este caso, el hecho de limitarse a la observación y de ser tan minucioso como sea posible no se manifiesta como una limitación sino más bien como una elección. La ausencia de evaluaciones axiológicas o afectivas sobre circunstancias que impresionan fuertemente al lector, de las que se esperaría un comentario subjetivo, señala la voluntad de realizar una reseña estricta. No se sabe cómo

⁶ Tiempo verbal en desuso. No se usa en lengua oral. Se utiliza en algunos géneros como la narración histórica y no con demasiada frecuencia. (N del T)

reacciona el “yo” ante “los cadáveres de alemanes al borde de la ruta” ni lo que piensa cuando el coronel de coraceros mendiga un pedazo de pan. Más aún, la elección de la yuxtaposición pura que elimina toda interpretación de los hechos narrados subraya la voluntad del locutor de presentarse como un testigo objetivo que se contenta con la narración de los acontecimientos, tal como los ha visto. Es posible que el hecho de que las notas sean tan concisas obedezca a la característica del género libreta de ruta. De todos modos, marca la construcción de un ethos, en este caso, una imagen de sí que el escritor delinea según su intención personal y proyecta ante sus propios ojos. Para sí mismo e implícitamente para los demás, se presenta como un testigo que relata sin interpretar ni juzgar, como un historiador del presente que se atiene a los hechos e intenta no filtrarlos a través de la propia subjetividad. Lo que se confirma por su modo de hablar de sí mismo, de las cosas y de otros hombres, con estilo seco y desprovisto de comentarios.

EL ETHOS ENTRE EL DECIR Y LO DICHO

Se ha repetido muchas veces: el “yo” puede decirse o bien al tomar la palabra, en las modalidades de la enunciación o bien al hablar de sí mismo. Es aquí donde se pone en juego la cuestión de la doble naturaleza del “yo” como sujeto de la enunciación o como sujeto del enunciado (Benveniste 1966:252). Esta distinción está en el centro de toda reflexión sobre el ethos. En efecto, la imagen de sí puede provenir de lo *dicho*: de lo que el locutor enuncia explícitamente sobre sí mismo, poniéndose como tema de su propio discurso. Pero al mismo tiempo es siempre el resultado del *decir*: el locutor se descubre en las modalidades de su palabra aunque no se refiera a sí mismo. Es lo que Maingueneau ha llamado, ya se lo ha mencionado, ethos dicho y ethos mostrado. Hoy se insiste sobre la importancia preponderante de lo que el locutor proyecta de sí mismo en su enunciación (su ethos mostrado). Esa ya era la orientación de Barthes cuando al referirse a la retórica clásica (cf. cap.I) estipulaba que “El orador enuncia una información y al mismo tiempo dice: yo soy este y no aquel” (Barthes, 1970: 315). Esa es también la perspectiva de Ducrot, para quien la manera de presentarse del orador por medio de la “apariencia que le confiere el habla, la entonación acalorada o severa, la elección de las palabras y de los argumentos” es esencial y muchas veces más creíble que “las afirmaciones aduladoras de su propia persona en el contenido de su discurso” (Ducrot 1984:201). Para hablar sobre sí mismo,

para decirse, el “yo” de la enunciación no tiene necesidad de poner en escena un “yo” del enunciado: se muestra aunque no hable de su persona.

La insistencia de la lingüística sobre la enunciación ha sido más importante que la tradicional tendencia a privilegiar la representación explícita que ofrecen del locutor los textos autobiográficos –confesiones, memorias, declaración, confidencia, relatos personales– vale decir toda palabra oral o escrita en la que un “yo” se desdobra para hablar de sí mismo. En estos casos, proyectar un ethos se restringe al sentido de tenerse como propósito a sí mismo, sin tener en cuenta que el locutor se deja ver también en el nivel de la lengua que utiliza, en sus elecciones léxicas, en su estilo. Cuando Bloch escribe *“Permanecemos en Somme-Yèvre durante la mayor parte del día siguiente”*, proyecta la imagen de un hombre letrado por la espontánea utilización del aoristo en un escrito íntimo y por la corrección gramatical. Cuando se lee en la libreta de guerra de Max Deauville: *“Los fognazos de los fusiles parecen disminuir, más aún pareciera que se apagan y la noche se instala poco a poco en el medio de los enrojecidos lengüetazos de las llamas”*, se proyecta la imagen del combatiente que es también poeta.

Una palabra sobre el rol de los argumentos en la construcción de la imagen de sí. Recuérdese que la frase tan citada de Ducrot insiste sobre *“la elección [...] de los argumentos”* pues a su parecer es una de las modalidades de la enunciación que contribuye a proyectar el ethos. Tomemos, desde esta óptica, un ejemplo, el de la entrevista publicada en el blog “la voz de los israelíes francófonos” en la que el rabino Shlomo Aviner retruca la opinión que considera que sería *“preferible ceder parte de Eretz Israël a cambio de la paz”*. Dice: *“La Torah nos prohíbe abandonar la tierra, aunque sea la parcela más pequeña de Israel. Nuestros sabios nos enseñan que Eretz Israël fue obtenida con sufrimiento y que para “poseerla se debe estar presto a dar la vida [...] a priori”*.

La apelación a la autoridad bíblica y a la sabiduría de Israel apuntan a zanjar un dilema sobre la restitución de territorios ocupados después de la guerra de 1967 pero al mismo tiempo proyectan la imagen de un ser que se remite incondicionalmente a las escrituras. Su razonamiento se fundamenta sobre un argumento de autoridad que no puede cuestionarse porque tienen origen divino. La apelación a la biblia se duplica gracias a la referencia a los sabios: la ley de Dios está reforzada por su enseñanza. El recurrir incondicionalmente al argumento de autoridad y la voluntad de someter las cuestiones humanas a lo divino y, por

lo tanto, subordinar lo temporal a lo religioso, construyen el ethos del locutor. Dime cómo argumentas y te diré quien eres.

¿Pero qué sucede entonces con lo dicho, con lo que transporta el enunciado como producto terminado del acto de enunciación? Si la lingüística ha insistido sobre el rol fundador de la enunciación, va de suyo que no va a desprestigiar lo que el locutor afirma de sí mismo. Un punto esencial en esta perspectiva es la relación que se crea en el discurso entre la imagen que se desprende de los modos de enunciación y la que surge de los que el “yo” dice sobre su propia persona. La importancia determinante de esta relación es aprehendida intuitivamente por los usuarios de la lengua. Testimonio de ello es que la afirmación de la propia modestia sea considerada como algo ridículo o como una broma. Declarar: “soy muy modesto” es percibido como una contradicción en sus propios términos. El atribuirse la cualidad no se condice con la modestia declarada por el “yo” más bien implica lo contrario. El ethos obtiene su mayor o menor grado de eficacia de la coincidencia o de la no coincidencia entre lo dicho el decir.

El locutor puede no ver lo que revela de sí mismo al proyectar una imagen de sí muy lejana a aquella que hubiera querido mostrar. En *Yo era “garde du corps” de Hitler* (2006), Rochus Misch, 88 años, declara:

Después de la muerte de Otto Günsche, el ayudante de campo de Hitler, soy el único sobreviviente del pequeño círculo que rodeaba cotidianamente al Führer. Eso no me causa ningún orgullo. Pienso que he hecho mi trabajo de soldado correctamente, ni más ni menos (2006:14).

Misch proyecta aquí una imagen de modestia fundamentada en el presupuesto de que se podría vanagloriar de ser el único sobreviviente de un grupo de privilegiados: renuncia a jactarse de haber sido un allegado al Führer y de haber cumplido una función dentro de su entorno. Hay un abismo entre lo que dice de su propia persona y lo que de ella revela la dimensión argumentativa de su discurso. El locutor construye su ethos sobre una petición de principios, atribuyendo al auditorio valores y creencias que no son las suyas. Haciendo esto, pone al descubierto sus propias convicciones sobre el honor de haber servido al Führer, sin los rastros de arrepentimiento o de remordimiento que pudieran esperarse de un antiguo seguidor fiel de Hitler, en las vísperas del siglo XXI. La imagen de hombre modesto proyectada en lo dicho se sustituye en el decir, por la imagen del nazi. Lo que

afirma sobre su propia persona se contradice con lo que muestra en la construcción de su argumentación. Se presenta como un hombre derecho y concienzudo que, ante todo, respeta la disciplina y que considera que su honor reside en el deber cumplido: *Pienso que he hecho mi trabajo de soldado correctamente, ni más ni menos*. Sin embargo, el ethos de bravo soldado y de hombre modesto, respetuoso del valor de la obediencia es superado en la enunciación por una imagen totalmente diferente. El recurso ingenuo de las frases hechas que condensa el alegato típico de los criminales nazis denota un ser incapaz de reflexionar críticamente, reforzando la imagen de alguien que no ve, surgida de su precedente declaración: *“Eso no me causa ningún orgullo”*. Así el locutor proyecta de buena fe y casi de modo caricaturesco, un ethos de nazi no arrepentido que repele al público.

La no coincidencia que revela aquí falta de habilidad y conduce a un fracaso de la comunicación eficaz puede, en otros casos, ser querido y hábilmente orquestado. Puede decirse cualquier cosa sobre una persona y dejar entender otra cosa. Así en este fragmento de diálogo novelesco en el que una mujer joven proyecta un ethos discursivo según el deseo y el pensamiento de su amante quien trata de que ella adopte comportamientos acorde a sus ideas convencionales sobre la mujer. Este ethos se construye sobre un doble sentido: *“ –Tú dices tonterías/ - ¡Soy una mujer, tengo el derecho! / -Oh, pero no tienes el derecho de abusar [...]/ ¿Y cómo sabría yo, pobre muchacha, que abuso?/-Cuando yo te lo diga”*. (Estancias para Sofía 1963:23). Es claro que la imagen que la narradora de Christiane Rochefort adosa a sus réplicas es la que el hombre quiere imponerle: por ser mujer ella dice que no tiene cerebro y que es incapaz de tener pensamientos sensatos; no es más que una pobre muchacha sin capacidad de raciocinio. A la literalidad de sus palabras se opone lo que se deja comprender entre líneas: manipulación de agudas réplicas y firme sentido de una razonada argumentación. La muchacha es capaz de usar en su beneficio las representaciones desvalorizantes atribuidas a su sexo. Sostiene un razonamiento que parodia graciosamente al del amante y lo vuelve contra él, demostrando que ella es capaz de conducir tanto la argumentación como el humor y que posee la capacidad de pensar y de juzgar por sí misma. En resumen, el “yo” se describe como débil mujer, sin capacidades intelectuales sólo para ostentar esas capacidades en la presentación de sí, invirtiendo en la enunciación la imagen propuesta en el enunciado.

Nótese el efecto provocado por la interacción. La mujer le habla a su amante que, imbuido de prejuicios, toma sus declaraciones en sentido literal. Así, cuando responde: “-*Oh, pero no tienes el derecho de abusar*” está, según la narradora, encantado por la imagen que ella proyecta de sí misma de mujer sin cerebro. Y cuando ella le dice: “-¿*Y cómo sabría yo, pobre muchacha, que abuso?*”, su partenaire lo toma literalmente, respondiendo sin vacilar: “*Cuando yo te lo diga*”. El ethos construido por el “yo” se mueve en un doble plano: para el lector, el de la ironía y para el interlocutor que no percibe la antífrasis, el de la imagen estereotipada que la mujer construye de sí misma y que lo complace.

LOS JUEGOS ESPECULARES DEL “YO” Y DEL “TÚ” CUADROS DE ANÁLISIS

Este ejemplo muestra claramente que la presentación de sí debe ser pensada dentro de un cuadro conceptual donde la relación de un sujeto con otro es constitutiva. Toda imagen de sí es necesariamente tributaria de la relación yo-tú aún en casos como el de la libreta de ruta de Marc Bloch. Dice Bakhtine: “aún los escritos más íntimos son, del principio al fin *dialógicos*: están atravesados por las evaluaciones de un auditorio virtual, de un auditorio potencial aunque la representación del auditorio no sea clara para el locutor”.(Bakhtine 1981:294). Para comprender mejor cómo se construye el ethos en el discurso, se debe explorar de qué modo el “yo” se presenta a un “tú”/ “vos”/ “usted”, presente o ausente, en función de las expectativas presumidas. Está claro que un dirigente del partido socialista no proyectaría el mismo ethos frente a los miembros de su partido que el que proyectaría en una sesión del Parlamento o delante de un público adicto a las ideas de sus adversarios. En cada caso modulará su imagen en función de la que se haga de sus interlocutores. Lo mismo sucede en una conversación privada o en una carta: el locutor hará una presentación de sí distinta en cada caso, según con quien hable (cónyuge, hijos, colega, comerciante, etc.)

En su *Tratado de la argumentación. La nueva retórica* (1970 [1958]), Chaim Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca han valorizado la centralidad del auditorio, definido como “el conjunto de aquellos que el orador quiere influir por medio de su argumentación” (1970:

25). Han subrayado que es necesario que el orador se adapte a su público, o más precisamente, a la idea que de él se hace. Esta visión implica una construcción en espejo de las imágenes de los interlocutores y es allí donde la nueva retórica se cruza, paradójicamente con los trabajos de Michel Pêcheux (1969) para quien emisor y receptor, en las dos puntas de la cadena comunicativa, construyen respectivas imágenes, uno de otro. El emisor (locutor) A construye una imagen de sí mismo y de su interlocutor B. Recíprocamente, el receptor B elabora una imagen del emisor A y de sí mismo y es en esta independencia que se elabora la presentación de sí. No se ha encontrado una exposición más clara del juego especular que fundamenta el cuadro figurativo.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ETHOS EN LA DESTINACIÓN DIRECTA

Tomemos un caso concreto de construcción del ethos en su relación con el “tú”: la carta privada. He elegido un fragmento de una carta de Alfred Dreyfus a su esposa Lucie, publicada más tarde como *Las cartas de un inocente* (1898).

[...] se trata del honor de un nombre, de la vida de nuestros hijos. Yo no quiero, tú me entiendes bien, que nuestros hijos tengan que bajar la cabeza. Es necesario que se eche luz sobre esta trágica historia. Nada debe desanimarte, nada debe agotar tus fuerzas.

Todas las puertas se abren y todos los corazones palpitan delante de una madre que solo pide la verdad, que solo pide que sus hijos puedan vivir [con honor y dignidad]. (Alfred Dreyfus à Lucie Dreyfus, îles du Salut, 15 juillet 1895, en Alfred et Lucie Dreyfus, 2005: 250)

Encontramos aquí un “yo” que se dirige a un “tú” con el que está íntimamente relacionado y que construye una imagen de su persona en estrecha interrelación con la que proyecta la de su *partenaire*. Se trata de un discurso dirigido a un destinatario único, que ocurre cuando los esposos están separados, después de la detención del capitán Dreyfus por estar acusado de traición, en la prisión de isla del Diablo, Guayana. Estrechos lazos unen a Alfred y Lucie con quien no comparte solamente la convicción de su inocencia y su deseo de obtener su rehabilitación moral, comparte también valores. Alfred no se contenta con

poner en escena la imagen de un hombre injustamente condenado y profundamente herido moralmente, quiere también persuadirla de la urgencia de su tarea: es necesario que se logre, lo antes posible, la revisión de su procesamiento.

El adjetivo posesivo “nuestros” aplicado a niños, reúne a Lucie y Alfred en la misma entidad parental, con intereses comunes. En un juego de espejos, el “yo” proyecta una imagen de padre e interpela al “tú” en su función de madre, sustentando la lucha por la rehabilitación de su nombre en el rol de padres que a ambos les cabe cumplir. La inquietud manifestada sobre la suerte de sus hijos y la voluntad de velar por su futuro construyen la imagen de un buen padre que, gracias al juego especular de la carta, hace que se corresponda con la imagen de buena madre de la destinataria: *“una madre que solo pide la verdad, que solo pide que sus hijos puedan vivir [con honor y dignidad]”*. Al mismo tiempo el “yo” se pone como esposo que tiene el derecho de dar consejos e instrucciones: *“Yo no quiero, tú me entiendes bien...”*, *“Es necesario que...”*, *“Nada debe... nada debe...”*. Este “yo” expresa su voluntad con insistencia y se pone como aquel que presenta o recuerda una verdad universal: *“Todas las puertas se abren...”*. El discurso epistolar construye, para Lucie, la imagen de un padre de familia y de un esposo que guía a su esposa en un terreno que es absolutamente extraño para una mujer de su época, confinada a la esfera privada y que, sin preparación alguna, debe intervenir en el dominio público. La autoridad del “yo” se apoya, por un lado, sobre su estatus de *pater familiae* y, por otro, sobre la inexperiencia de un “tú”, limitado a los roles conferidos tradicionalmente a una esposa burguesa.

Por otra parte, los términos “honor”, “luz” (en la expresión “eche luz”) y “verdad”, presentan al locutor por un lado, fuertemente ligado a valores morales y por otro, como un militar, como un oficial de carrera para el cual el honor es primordial. La importancia conferida al honor de un nombre se duplica gracias al impulso de rebelión que se expresa en *“Yo no quiero, tú me entiendes bien, que nuestros hijos tengan que bajar la cabeza”* que denota un hombre orgulloso de sí, al que indigna la humillación infringida. El giro enfático marca la expresión de sentimientos personales –dignidad herida, orgullo arrebatado, rebelión– que presentan el aspecto afectivo del locutor, su sensibilidad e incluso su naturaleza apasionada.

De este modo, en la interacción epistolar con su mujer, Dreyfus fundamenta la eficacia de su palabra en la imagen del buen padre, del esposo sensato, capaz de guiar a su inexperimentada mujer y de indicarle la línea de acción, del hombre sensible herido en sus sentimientos y del individuo imbuido por los grandes principios y movido por el sentimiento moral. La adhesión a los valores está claramente expresada mientras que lo afectivo se adivinan más en el tono que en el vocabulario –solo aparecen en el adjetivo “trágica” de “trágica historia” que es más bien evaluativo que afectivo. El locutor se preocupa por dominar sus pasiones y por permanecer del lado de la razón y de la ética. Para que su alocutaria se deje influenciar por sus consejos, es necesario que ella vea en él no solamente un ser desgraciado, conducido por sus afectos sino también un hombre nutrido de valores morales que es capaz de razonar.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ETHOS EN LA DOBLE DESTINACIÓN

Es necesario subrayar la importancia del alocutario indirecto introducido en la comunicación por la compilación y publicación de las cartas de Dreyfus. En efecto, la publicación de la carta en 1898 introduce una doble destinación al poner la misiva privada ante los ojos del gran público. La naturaleza de la comunicación se ve necesariamente alterada: la imagen de sí que el “yo” construye en su discurso no apunta ya a una persona cercana convencida de su inocencia, ahora se dirige a un auditorio al que le han hecho creer que Dreyfus era un odioso traidor, digno del más severo castigo. Si Lucie acepta que se publique parte de la correspondencia íntima con su esposo, es por instigación de Joseph Reinach quien pretende hacer de las cartas privadas una prueba de la inocencia. El título lo testimonia claramente: *Las cartas de un inocente*. La carta a Lucie databa del momento del inicio de la detención del capitán, cuando parecía que no existía ningún recurso para su defensa. La aparición del libro coincide con el desarrollo del enardecido debate sobre el que desde ese momento se conoció como “l’Affaire Dreyfus”. En esas circunstancias el ethos positivo proyectado por el epistolario y el carácter enfático de la carta que muestra un hombre movido por un fuerte sentimiento moral, juegan a favor del acusado. En otros términos, es la imagen del buen padre, del esposo responsable, del hombre honesto, amante de la justicia y de la verdad, del hombre digno que vela por su honor la que debe convencer

al gran público sobre la falsedad de la acusación que recae sobre Dreyfus. Es más, debe hacer vibrar la cuerda sensible que establece lazos en torno a los valores compartidos. Solo así el ethos adquiere plenamente el estatus de prueba y puede ser incorporada a la causa. Reinach lo dice claramente en el prefacio: “las cartas publicadas son un complemento elocuente de nuestra apelación” (p.20) –no porque exhalen “lamentos” que provoquen compasión sino porque permiten escuchar el “grito de la conciencia” que hace despertar la indignación causada por la injusticia y por el ardiente deseo de lograr una reparación. Más que las pruebas tangibles acumuladas, reunidas en el texto de Reinach, es la impresión producida por el autor de las cartas y la sinceridad de su tono por lo que se supone que consigue la adhesión. El ethos del epistolario es más creíble que si hubiera estado dirigido a un público exterior por estar proyectado hacia su mujer, en un escrito estrictamente privado.

Se ha puesto en evidencia que el ethos se construye en función de la imagen que el locutor se hace de su alocutario y que la interacción entre el “yo” y el “tú/vosotros/ustedes” determina la modalidad de la presentación de sí pero también se ha hecho evidente que la presencia de un alocutario indirecto que no ha sido tenido en cuenta por el locutor puede transformar la función del ethos y aún el sentido de la finalidad de la persuasión sin que el texto haya sido alterado.

Hay casos en los que la doble destinación no es producida por un factor exterior sino por una situación de comunicación de la que el locutor es plenamente consciente. El “yo” puede dirigirse con conocimiento de causa a dos auditorios distintos con un discurso único que proyecta intencionadamente, a cada uno de los públicos, una imagen de sí a veces similar, a veces diferente pero en ambos casos debe cumplir distintas funciones. El teatro abunda en situaciones de este tipo. Elmire, para poner al descubierto cómo actúa Tartuffe, representa con él una escena en la que ella se presenta frente al hipócrita devoto como mujer que se deja cortejar. Ella construye simultáneamente una imagen de esposa fiel, ante los ojos de su auditorio indirecto, en este caso su marido que escucha escondido la conversación y se presenta no solo como mujer honesta sino también como mujer astuta ante los ojos de un público que conoce las estratagemas de la doble destinación y que constituye un auditorio suplementario, inherente al género dramático.

Lo mismo sucede en otros formatos genéricos como los debates televisivos o las cartas abiertas y también en el espacio del discurso polémico en el que el locutor ataca a su adversario logrando la adhesión de un tercero al que toma como testigo. Así lo hace François Léotard, político retirado, antiguo presidente de la UDF, antiguo ministro de Cultura y de Defensa, quien lanza un ataque violento contra su viejo compañero de ruta, Nicolas Sarkozy, al que dice haber votado en las presidenciales del 2007. En su obra del 2008, *Esto va a terminar mal*, inserta una carta abierta donde escribe:

...desde que estás en el Elíseo, estoy inquieto ¿Qué es lo que te ha pasado exactamente? Leo en el diario que, últimamente, la policía francesa detiene jóvenes... He seguido con consternación el fragmento de Grand Guignol que te ha puesto en los brazos de Kadhafi... Sé que tienes un "pluma" que te hace decir tonterías....[...] Eso no está bien Nicolas. Te lo digo porque nosotros hemos crecido juntos.

En un estilo deliberadamente familiar, la carta dirigida a alguien cercano construye la imagen de un consejero paternalista que trata a su alocutario como a un niño: el "yo" enseña la lección a un "tú" como si fuera un muchachito que no se ha portado bien. Simultáneamente, se presenta como un hombre dotado de clarividencia y de sentido crítico que manifiesta su inquietud ante las faltas de su amigo, ostentando una franqueza bien intencionada: *"Te lo digo porque nosotros hemos crecido juntos."* Esta distribución de roles (lo que Maingueneau llama "escenografía") adquiere, es evidente, un sentido polémico tanto respecto del alocutario directo, Sarkozy, como respecto del alocutario indirecto, el gran público, al que la carta abierta está realmente destinada. La relación que ella deja ver entre el "yo" y el "tú" es la del cazador y su víctima en la que la imagen del polemista es tributaria de la que él mismo ofrece de su adversario. Al presentar al presidente electo de la república como un muchachito inmaduro que se ha equivocado y que hay que reprender, el autor de la carta abierta se muestra como un escritor de acerba pluma, capaz de agresividad pero también de control: su palabra es mesurada. Demuestra que sabe lo que hay que hacer. Su ataque es más eficaz porque se cubre con una falsa apariencia y maneja hábilmente la ironía. El polemista se disfraza de buen ciudadano: es, en efecto, en nombre de una inquietud ciudadana que Léotard reivindica el derecho de alzarse contra una forma de gobernar que él, de manera manifiesta, ha seguido de cerca. Su denuncia se apoya sobre valores que él supone compartidos con el público, los valores de la

república francesa: la libertad pero también la hospitalidad y la humanidad, (“la policía francesa detiene jóvenes”), el respeto por los derechos humanos y el rechazo hacia aquellos que los violan (el recibimiento del gobierno de Sarkozy al coronel Kadhafi, en su paso por Paris), la igualdad que debe manifestarse en las relaciones de Francia con los países de África (el famoso discurso de Dakar, escrito por la pluma de Henri Guaino, tan criticado por sus resabios colonialistas).

En resumen, es sobre la base de un saber enciclopédico compartido y sobre todo de una visión del mundo común que Léotard condena los reveses del presidente. En el ethos del polemista, la figura del ciudadano respetuoso de los derechos humanos y de los valores de la república legitima la figura del agresor. El “antiethos” o la imagen desvalorizada del blanco representa la imagen inversa del locutor (Garand 2007). Es lo contrario a Léotard: no maneja la palabra por sí mismo (tiene “un pluma”), se deja llevar por comportamientos descontrolados (¿Qué es lo que te ha pasado exactamente?), ha perdido el sentido crítico (parece que no se diera cuenta de los errores y de las tonterías que le hacen decir), no respeta los derechos humanos y los valores de la República (detiene jóvenes). En un juego especular en el que las imágenes se corresponden con su inversa, la deslegitimación del adversario legitima al polemista, asegurándole credibilidad.

LA PRESENTACIÓN DE SÍ FRENTE A UN AUDITORIO COMPUESTO

Se ha visto que el discurso puede estar dirigido a un doble auditorio donde cada uno ocupa un lugar diferente (el adversario y el tercero, el actor y el público, etc.) pero también puede estar dirigido a un colectivo que contenga en su seno grupos diversificados ante los que una misma y única presentación de sí debe resultar competente. Se trata de lo que Perelman y Olbrecht-Tyteca llaman el auditorio compuesto. ¿Pero cómo producir una imagen de su persona que satisfaga a individuos que tienen valores y expectativas divergentes? Este problema se le plantea en su máxima agudeza a un candidato que se presenta ante el conjunto de electores. Así como puede orientar la presentación de sí hacia una dirección precisa cuando se encuentra delante de los electores del propio partido, del mismo modo el político debe prever las reacciones diversas y muchas veces contradictorias de los electores con opiniones e intereses en conflicto. La construcción del ethos se

convierte en una operación delicada y peligrosa en la que el locutor intentará conciliar imágenes heterogéneas, susceptibles de satisfacer a unos y otros, corriendo siempre el riesgo de adoptar posiciones intermedias que desagradan a todo el mundo.

Esta situación deviene particularmente interesante cuando es tematizada por un orador que es plenamente consciente de esta heterogeneidad y pretende que todo su auditorio lo sea. Barack Obama, en su célebre discurso “Una unión más perfecta” (“A More Perfect Union”, 18 de marzo de 2008)⁷ se dirige a todos los ciudadanos americanos para responder a las acusaciones de extremismo lanzadas contra él debido a las declaraciones intempestivas del pastor de su congregación, el Reverendo Wright. En tan sensible momento en el que su reputación es puesta en peligro por un discurso dominado por la cólera y el resentimiento y de especial repercusión por tratarse del discurso de su antiguo director espiritual que, en cierto modo, expresa el sentir de la comunidad negra de la que él es miembro, le importa más que nunca proyectar una imagen que gane los votos de todos los ciudadanos. ¿Se pondrá en censor de los negros para ofrecer a los electores blancos una imagen favorable de su persona bajo el riesgo de aparecer como un traidor ante los ojos de los suyos? ¿Se hará cargo, por el contrario, de la defensa de los suyos, corriendo el peligro de perder el voto de los electores blancos? ¿Tratará de eludir el problema esperando pacientemente que las calumnias se olviden? En estos difíciles momentos, todos los ojos apuntan hacia su persona. Es este el preciso momento en el que debe construir un ethos que le restituya su amenazada imagen de presidenciable.

Diferenciarse del pastor Wright, le resulta fácil. Condena la virulencia de los términos de su discurso: un “lenguaje incendiario” que no hace más que exacerbar la división racial y que considera una ofensa a la grandeza y a la bondad de todos los americanos, tanto blancos como negros. Obama no se retracta, más bien trabaja para destruir la imagen de extremista que se le atribuye erróneamente. Al distanciarse de Wright rechazando toda forma de violencia y de exacerbación de conflictos, no involucra a la comunidad negra. De este modo le es posible dirigirse a los que pertenecen a cualquier etnia y a cualquier tendencia que condene los excesos y las tentativas de atizar los conflictos. Se alinea entre

⁷ <http://my.barackobama.com/page/content/hisownwords>

aquellos que rechazan firmemente la incitación al odio racial. Sin embargo este paso tan esperado, no constituye el nudo de su discurso, nudo que recién aparece en el duodécimo párrafo del texto.

Ante todo, el candidato se presenta como un hombre político que se sitúa como perteneciente a la gran tradición de los padres fundadores y que aspira perfeccionar la tarea que ellos no han podido cumplir plenamente y, al mismo tiempo, hacer realidad la promesa de igualdad inscrita en la Constitución pero comprometida por la esclavitud y, hasta hoy, imperfecta. Desde esta perspectiva, es el gran heredero de la gran tradición americana y, al mismo tiempo, el hombre que se vuelca a la política porque se siente investido por una misión. El futuro hacia el que se lanza es interpretado como fidelidad al pasado y como meta a alcanzar. El candidato negro se presenta entonces como un hombre que pertenece a la tradición, en el sentido fuerte del término. Es un verdadero americano puesto que sigue los pasos de los padres fundadores de los Estados Unidos y persigue el camino que ellos han trazado: la metáfora “la larga marcha de aquellos que nos han precedido” a continuar hoy, habla por sí sola. Obama se muestra también como un idealista digno de América puesto que dice que hace política para realizar el ideal inscripto en la constitución. Además se muestra como un hombre responsable que quiere hacer frente a los problemas no resueltos y asegurar el futuro de su pueblo. Al construir esta imagen, Obama se confiere una filiación simbólica que recubre y oscurece la imagen que se le reprocha. Situándose junto a aquellos que apelan a la unión, dispersa toda sospecha que lo señale bajo la influencia del pastor que profundiza la división racial. Rinde tributo a todos los ciudadanos que son fieles a los valores fundadores del país.

Sin embargo, esta imagen de americano tras la huella de los padres fundadores no es suficiente. Obama agrega dos puntos esenciales que están estrechamente unidos: un ethos de hibridez que presenta como característica de la americanidad y que le permite reunir en él dos apariencias conflictivas entre sí y un ethos de fidelidad a cada una de las comunidades, aún en sus excesos, a las que es capaz de comprender y no solamente juzgar. El primer punto se expresa en el autorretrato en el que se presenta como hijo de un padre proveniente de Kenya y de una madre proveniente de Kansas, educado por abuelos blancos

y casado con una afro-americana que posee sangre de esclavos y de patrones. Lejos de contradecir su condición de ejemplaridad americana, esta heterogeneidad la fortalece: es presentada como la misma marca de lo que solo es posible en los Estados Unidos. De esta imagen de sí personal, arraigada en la historia familiar, e inscrita en el cuerpo, el orador pasa a su imagen de candidato, reconociendo que no es de las más convencionales. Sin embargo, esta excepcionalidad, en el terreno político no lo descalifica para nada. Por el contrario, lo convierte en un político capaz de comprender el sentido de una nación “que no es la suma de sus partes” pero que es una. En resumen, el ethos individual traducido a ethos político presenta un candidato que lleva dentro de sí todos los aspectos de su país y percibe la unidad del cuerpo nacional a partir de su propia corporalidad. Responde así a la expectativa de las comunidades que participa y, al mismo tiempo, a la de los americanos que han crecido bajo la creencia en un ideal de unidad fundada en la diversidad.

Es a partir de este ethos múltiple y unificado a la vez que Obama puede retomar la cuestión referida a las diferentes partes de la población que poseen una historia de mutua desconfianza y odio. Lejos de renegar del reverendo Wright, muestra una profunda comprensión de las frustraciones y de los resentimientos de los negros que cuidadosamente pone en paralelo con las frustraciones y resentimientos de los blancos ejemplificados por su abuela. Súbitamente se muestra como el candidato honesto y corajudo que se niega a renegar de los suyos, sin que importe a qué lado pertenecen: “Esta gente forma parte de mí y forma parte de América, el país que amo” Se apoya sobre los valores éticos de fidelidad a los que todos los americanos deben ser sensibles y en una pertenencia étnica múltiple que lo acerca a las dos comunidades. Al borrar los reproches que le han formulado por ser demasiado negro o por no serlo lo suficiente, se pone como definitivamente integrado, tanto a la comunidad negra como a la blanca, aún en sus debilidades y consagrado a unir las, no solamente en su persona sino también en el llamado a marchar juntas hacia la realización de la promesa original.

Se ha visto de qué manera Barack Obama ha trabajado para conciliar un auditorio compuesto: proyectando una imagen híbrida que le permitió marcar su proximidad a las diversas comunidades y bregar por su reconciliación. Lo hace a través de su comprensión de su resentimiento y de la voluntad de trascenderlo para realizar el ideal de los padres

fundadores. Se ha visto también que construye, a partir de su relación con el auditorio heterogéneo, una identidad múltiple y auténticamente americana que le permite, por medio de la modulación de las ideas recibidas sobre la americanidad, mostrarse como el hombre del momento.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN DE SÍ EN EL CASO DE AUSENCIA DE DIRECCIÓN ESPECÍFICA

¿Qué sucede con la construcción de esta imagen, en los numerosos casos en los que el discurso no está específicamente dirigido, el auditorio está ausente y de algún modo indefinido? Sin duda, el ethos del locutor puede construirse en estos casos; aún siendo virtual, la interacción existe. ¿Cómo encontrar las huellas de esta negociación de imágenes cuando la relación con el otro se disimula en el texto? ¿Qué rodeos hay que dar para desentrañar las relaciones entre el yo y el vosotros/ustedes, entre la imagen de sí y la imagen del otro, en ausencia de un manifiesto diálogo?

Abro un libro al azar – *El imperio de la vergüenza* – de Jean Ziegler, aparecido en 2005, de la Editorial Fayard y leo:

El Word Food Report de la FAO, quien da estas cifras, afirma que la agricultura mundial, en el actual estado de desarrollo su fuerza productiva, podría nutrir normalmente (a razón de 2.700 calorías por día, por adulto) 12 millones de seres humanos. Hoy somos 6,2 millones sobre la tierra.

Conclusión: no hay ninguna fatalidad. Un niño que muere de hambre es un niño asesinado.

El orden del mundo económico, social y político erigido por el capitalismo depredador no solo es asesino. También es absurdo.

Mata pero mata sin necesidad.

Debe ser combatido radicalmente.

Mi libro quiere ser un arma para ese combate.

Indudablemente el autor se dirige a mí como lectora sensible a los planteos lógicos y a los razonamientos fundamentados en cifras pero también imbuida de valores éticos y capaz de conmoverse por la muerte (inútil) de un niño. Una lectora a la que no engeguerá ningún prejuicio favorable a la economía capitalista. El auditorio, cuando no está ni designado ni descrito, puede ser deducido de los valores, de las creencias y de las opiniones que el texto le atribuye: así se forma, a través de las páginas del ensayo, la figura del lector al que la obra está destinada. El autor proyecta, ante este público virtual, una imagen de sí que considera creíble y convincente. Su personalidad de militante y su proyecto voluntarista (“Mi libro quiere ser un arma para ese combate.”) están reforzados por afirmaciones de fuerte valor deóntico : “[el capitalismo depredador] Debe ser combatido radicalmente.” También los sostienen aserciones pronunciadas con vigor en enunciados breves, muchos de los cuales están en el inicio de la línea y constituyen violentas denuncias: “Un niño que muere de hambre es un niño asesinado.” Ziegler construye una imagen del combatiente que lucha en defensa de la justicia y de los oprimidos, inspirada en el modelo del acusador que dice todo lo que hay que decir y en la del procurador que instruye un proceso. A ella somete las piezas: pruebas en cifras de las que saca las conclusiones mediante un impecable razonamiento regido por las leyes de la lógica. Indignado, no se muestra solamente como un hombre conducido por la pasión, se muestra también como un ser pensante. Bien informado, no se contenta con sacar consecuencias de su saber, pone por delante los valores éticos y humanos que justifican su emoción.

Se observa así de qué modo este ethos es negociado en el texto con el lector virtual. La credibilidad se construye, en principio, con las informaciones precisas (las cifras): el escritor aparece ante el público como un autor que domina el tema, como un experto. Su poder de convencimiento reposa también sobre el razonamiento matemático, prolongado por un argumento lógico que persuade al lector de la capacidad de Ziegler de no dejarse llevar y de construir un razonamiento válido. La razón de las emociones debe ser mostrada ante los ojos de los occidentales dado que siempre desconfían de la pura pasión. Sólo sobre la base de esta imagen de racionalidad son posibles las aserciones fuertes que apelan a los sentimientos y que se fundamentan en valores compartidos: piedad para las víctimas, indignación para los responsables del mal. Cuando el autor promueve sentimientos morales sobre la base de valores que él considera compartidos, sentimientos adosados a una sólida

argumentación, proyecta su imagen de denunciante y de combatiente. Este ethos intenta adherir a su compromiso apasionado, a un público que se supone insuficientemente informado y con frecuencia, indiferente o tibio pero globalmente impregnado por la idea de que es necesario actuar contra la pobreza y el hambre.

Se notará que Ziegler lanza su ataque sin preocuparse demasiado por aquellos que podrían despreciar su libro, tildándolo de anticapitalismo. La calificación de “capitalismo depredador” es ambigua – tanto permite distinguir un buen capitalismo de un mal capitalismo como comprenderse como un juico sobre el capitalismo en general. ¿Puede decirse que el autor delimita su público desde el principio, eliminando a aquellos que no aceptan sus premisas? En efecto, Ziegler parece apostar a un auditorio unificado que, aunque no tenga rostro, reúne lectores que comparten los mismos valores, susceptibles de ser movidos por la misma indignación y con capacidad para el razonamiento lógico. En este modelo global y ante la urgencia del problema tratado, se supone que las divergencias se borran, que las barreras entre los defensores del capitalismo y los anticapitalistas caen por sí solas. La imagen del denunciante, pleno de una valerosa indignación que proyecta el autor se supone que produce su efecto no sólo sobre todos lo contemporáneos sino también sobre todo ser humano dotado de razón y de sentimientos. Trasciende las divisiones y las diferencias postulando un auditorio universal, capaz de comprender que el desperdicio de la vida humana no puede ser tolerado bajo ningún pretexto.

Se ha visto cómo toda puesta en escena del yo es estrechamente dependiente de la imagen que se hace del “partenaire”. El “yo” construye su identidad en su relación con un “vosotros/ustedes”. Frente a él y por él construye una imagen de sí. Se deja ver sobre la escena pública o privada para ejercer un efecto apropiado en la interacción en la que está involucrado. Finalmente, está claro que la presentación de sí siempre reposa sobre una negociación de la identidad a través de la cual y al mismo tiempo, el locutor se muestra y trata de imponer o, al menos, de hacer que se compartan sus puntos de vista.